Así era el sexo en los 60's

Nerea N

Capítulo 1

Prefacio

Hace tiempo que quería escribir un pequeño relato que se desarrollara en Cuba, país al que quiero mucho y que, modestia aparte, conozco bastante bien, ya que viví allí trece años de mi vida, hasta que mis padres terminaron su trabajo y regresé a mi Asturias querida. Es absolutamente erróneo categorizar a los cubanos como “bestias del sexo”, o imaginar a todas las chicas cubanas como “mulatas ardientes e insaciables”. No son así, en realidad no lo son. Eso es un mito. Y enfatizo esto, porque no he escogido a Cuba como escenario, debido a esa absurda razón, sino porque es un lugar que llevo dentro, escondido en el más bello rincón de mi ser.

Los cubanos son gente instruida e inteligente. Tener solo el Bachillerato terminado, allí es señal de no haber progresado mucho en lo referente al área escolar. Muchos tienen dos y tres carreras terminadas. Mientras que, en otros países de América, a veces terminar la secundaria es una hazaña.

El relato que sigue puede ser tildado de machista, y en realidad lo es. Sin embargo, era la mentalidad de una época pasada, la cual haremos bien en no repetir. No representa en lo absoluto mi forma de pensar, y seguramente la tuya tampoco.

La exacerbada inocencia de la protagonista no ha sido sacada de un cuento de hadas. Puedo asegurarles que chicas como ellas, y aún más ingenuas abundaban dondequiera.

Era aquella una época en que no solo se consideraba la virginidad femenina como el más preciado tesoro, sino que se creía que perderla era como estar en una cámara de torturas, donde el verdugo era tu novio o tu marido.

La ignorancia, a veces hacía realidad esta creencia, y muchas mujeres, como la chica de nuestra historia, se las vieron negras cuando llegó el momento.

Afortunadamente, pocos años después, aquella falsa presunción se disipó, con excelentes programas de educación sexual que llegaron a toda la población de la isla.

No creo que, desde el punto de vista erótico, este relato guste a alguna chica, aunque a más de un hombre tal vez le gustará, pues el instinto masculino es más parecido al animal. La voluptuosidad del deseo está orientada básicamente hacia la penetración, y suele gustarles todo este

morbo que se suscita en torno a la desfloración femenina.

Sin embargo, esta pequeña historieta, nos ayudará a echar una mirada a una época que ya hemos superado, y a un sentimiento, que, aunque he tratado de reflejarlo en estas páginas con toda la crudeza de la época, cada día va a menos, porque la mujer ya hace tiempo que dejó de ser una figura diseñada solamente para dar placer.

He querido hacerlo en cinco capítulos breves y de la forma más explícita y detallada posible.

En España las cosas no eran muy diferentes en los años 60's y primera parte de los 70’ s, pues la gran mayoría de las chicas también se guardaban vírgenes para el matrimonio. Ya sé que a los jóvenes nos parecerá una tontería, pero así era entonces. Una de las labores más trabajosas para un hombre, era lograr que su novia se acostara con él. Ello llevaba un arduo trabajo de preparación psicológica y un poder de convencimiento a prueba de fuego. Aun así, a veces lo lograban.

Pero dejémonos ya de tantas introducciones y viajemos a La Habana, la capital de Cuba, esa maravillosa isla del Caribe, al final de los años 60’s, cuando aún me faltaba mucho tiempo para llegar a este mundo, y disfrutemos el olor a tabaco y a café, y dejemos que nuestras vistas se recreen con esos coches de la década de 1950, que todavía están como nuevos, y caminemos bajo un sin fin de palmeras a través del parque central, frente al Capitolio, para cruzar al boulevard de Obispo, hasta que el olor a sal nos indique que hemos llegado al malecón, ese fabuloso muro de casi ocho kilómetros de largo y un metro de alto, que rodea una parte del litoral, en el corazón de la ciudad con el cielo más azul del mundo.

Capítulo 2

Novios

Corría el año 1969, en la bella isla de Cuba. Antonio o Tony, como todo el mundo le llamaba, era un chico más bien alto y delgado. De pelo negro, cara ovalada y gestos muy masculinos. Estaba comprometido con Ana, más conocida por Anita, una muchachita morena —que allá le llaman trigueña—, de pelo largo y senos empinados. Aunque su intención no era provocar, siempre iba caminando con un contoneo muy sugerente. Sus anchas caderas y sus nalgas perfectas, hacían que los hombres que la veían pasar, le dijeran todo tipo de piropos. Tenía 15 años.

Tres veces a la semana, su novio iba a visitarla a su casa, pues era "una novia pedida". Cuando un joven tenía intenciones serias con una chica, después de comprometerse con ella, normalmente iba a hablar con los padres y ellos lo autorizaban a visitarla, dando así su visto bueno a aquel noviazgo.

La visita generalmente duraba dos horas, al cabo de las cuales, si todavía no mostraba intención de irse, su suegra, una buena señora que ya pasaba los cincuenta, comenzaba a inquietarse y a bostezar, de una manera muy evidente.

Esa noche, todavía faltaba casi una hora para que Tony se marchara.

El chico, que como cada miércoles, sábado y domingo iba a verla, esperaba el momento en que su suegra se iba a la cocina, a colar un poquito de café, para tener un poco más de cercanía física con su novia.

Lucía siempre los vigilaba celosamente. Su hija era señorita que es como le dicen los cubanos a las mujeres vírgenes— y no estaba dispuesta a que aquel joven le hiciera una trastada.

— Dame un besito, ahora que Lucía está en la cocina —le dijo Tony pasándole el brazo por detrás del cuello a su novia, en el sofá de la sala, donde estaban sentados.

— Pero rápido, que me muero de vergüenza si mi mamá nos ve dándonos un beso.

A Ana le latía muy rápido el corazón. Juntó sus labios con los de su novio y sintió como las lenguas se acariciaban. Él aprovechó y apretó sus manos contra las tetas, toqueteándolas, por fuera de su vestido. Rápidamente ella separó su boca.

— ¿Qué sientes al besarme? —le preguntó él.

— No sé. Siento que el corazón me late rápido y una cosquilla en el estómago.

— Tengo ganas de acostarme contigo —le dijo él al oído.

— No me digas eso, que tú sabes que me muero de miedo y de vergüenza.

— ¿Miedo por qué, amor mío?

— Tony, porque soy señorita, y tengo el toto muy cerradito. Dicen que eso duele cantidad.

— Pero conmigo no te va a doler —le susurró mintiendo.

— Mentiroso. Sí me va a doler y además me va a echar sangre.

— ¿Cuándo me lo vas a enseñar?

— ¡Tú estás loco! ¿Para qué quieres verlo, si todavía no te lo puedo dar? —dijo Anita, haciendo una graciosa mueca de asombro.

— No importa. Quiero que me lo enseñes —insistió.

— No Tony. Soy una muchacha decente. Ya tendrás tiempo de verlo cuando nos casemos. Y aun así creo que me moriré de vergüenza —le dijo bajando la cabeza.

— Bueno, déjame tocarlo.

— ¿Qué? ¿Estás loco? Eso no lo ha tocado nadie. Solo yo cuando estoy en la ducha, y con mucho cuidado.

— Tú no me quieres Ana —dijo muy serio, sabiendo que así podría seducirla primero.

— No digas eso. Tú sabes que sí te quiero y estoy muy enamorada de ti. Pero si me pongo a hacer esas cosas contigo, después vas a querer más y más, hasta que un día me pedirás que te lo dé.

— Entonces olvídalo —dijo secamente, sabiendo que aquel era el camino para llegar a su fruta prohibida.

En eso llegó Lucía con el café. Después encendió el televisor, y los

acompaño hasta que llegó la hora de irse.

La despedida no debía durar más de cinco minutos, contados por el reloj. Si un día se pasaban de tiempo, la buena suegra fingía un ataque de tos, que tenía el objetivo de decirle a ambos que se acababa la visita.

Anita quedó pensando en el gesto adusto y la mirada seria y triste de su novio. — "Y si otra se lo deja tocar, y si otra se lo enseña, o lo que es peor, se lo da" —pensó. Y empezó a valorar la posibilidad de satisfacer algunos de sus deseos, siempre cuidándose de mantener las piernas cerradas.

Cuando llegó el día de la siguiente visita, y ya faltaba media hora para que Tony se marchara, doña Lucía les dijo que se recostaría un ratico, porque le dolían los riñones —aunque no era para fiarse, pues si de custodiar a su hija se trataba, dormía con un ojo cerrado y el otro abierto—. Había trabajado mucho aquel día. Poco después, Anita fue disimuladamente al cuarto y vio que estaba rendida. Volvió a la sala y le pidió a Tony que cerrara los ojos.

Ella tomó sus manos y las metió por debajo de su blusa. Se había desabrochado el ajustador —que es la palabra usada allí, y no sujetador como solemos decir en España—. Cuando Tony sintió el tacto suave de aquellas tetas perfectas, comenzó a acariciarlas suavemente. Tocó los pezones y los palpó, frotando suavemente las puntas entre sus dedos. Después intentó abrir los botones de la blusa, pero Anita se levantó del sofá enseguida.

— ¿Estás loco? Ves lo que te digo. No te bastó con tocármelas y ya querías quitarme la blusa para verlas —le dijo muy bajito.

Enseguida se llevó las manos a la espalda y se lo abrochó.

— ¿Qué sentiste cuando te las toqué?

— Ay, no me preguntes esas cosas —dijo, poniéndose colorada como un tomate—, cosas ricas, pero no te las voy a decir.

—Anda, dímelo. No te estoy pidiendo mucho —dijo el chico, apretándola contra su pecho.

—Sentí una cosquilla en el estómago y también ahí. Creo que lo tengo mojado.

—¿Dónde es ahí?

—Tú lo sabes —y se ruborizó otra vez.

Ana sintió un ruido en el cuarto de su madre y rápidamente se acomodó la ropa. Al mirar hacia abajo, vio lo abultado del pantalón de Tony. Ella volvió al cuarto, pero la madre se había vuelto a acostar.

— ¿Por qué la tienes así? —le preguntó desde su inocencia.

— Anita, cuando un hombre se excita, se le para y se le pone dura y gorda. ¿No lo sabías?

Ella sonrío.

— ¿De qué te ríes? —le preguntó su novio, también con una sonrisa.

— Está muy grande. —siguió riendo—, nunca había visto ninguna parada, ni siquiera debajo del pantalón.

— ¿Quieres verlo? —le dijo al oído.

Ella empezó a reírse.

— Ni se te ocurra. Parece un cañón, pero tiene que seguir guardada—y siguió riendo—. Hasta que nos casemos.

En eso se oyó a la mamá que se levantaba. Los dos disimularon.

Al llegar, la erección fue disminuyendo. Poco después se despidieron. Tony le dijo al oído que se moría de ganas por estar con ella. Ella se sonrojó. Le dio un besito en la cara y Anita entró a su casa. La madre miraba a través de la ventana del portal.

Mientras caminaba, pensó que el himen de Anita tenía los días contados —sí, aquella membranita que era testigo de su virginidad—. Aquella risita, su decisión de dejar que le tocara las tetas por debajo de la blusa … eran señales que le decían que, en pocos días, le abriría las piernas. Había que seguir insistiendo, y después buscar el momento y el lugar apropiados.

Capítulo 3

Conversaciones de chicas

Al día siguiente Anita se fue a la escuela, como cada día entre semana. Había empezado décimo grado. Buscó a su mejor amiga. Se llamaba Verónica y era una chica muy estudiosa, pero con un poquito más de picardía, un poquito más adelantada a su época. Era también muy bonita, y tenía novio. Durante el receso, se sentaron juntas, en un banco apartado, debajo de una mata de mangos, que por aquella época no tenía ninguno. Y le contó lo acontecido en la visita de su novio, la noche anterior.

— Me muero de la emoción —le dijo— ¿Se la tocaste?

— ¡Qué va! — dijo Ana llevándose las manos a la cara —me dio por reírme.

— Pues yo sí se la he tocado al mío.

— ¿Qué me estás contando? Me muero de miedo, nada más que de pensarlo.

— ¡Eso no muerde, chica! —dijo su amiga—. No es una serpiente ni un majá o culebra, ni nada de eso

Ambas rieron.

—¿Qué no? Una prima mía se casó hace poco, y aunque conmigo no ha hablado de eso, la oí decir que le costó tremendo trabajo que el majá entrara en la cueva. Y debió morderla, porque cuando entró, el majá le sacó sangre y todo.

Verónica rio.

— ¿Te puedo confesar un secreto? —le susurró su amiga al oído—. Hace dos días le hice una paja a mi novio.

— ¿Una qué? —le dijo extrañada.

— Coño Anita, no me digas que tampoco sabes eso, que tú no eres boba, ni naciste ayer.

— Bueno, es que es una palabra tan fea. Yo he oído que los varones, cuando tienen ganas de estar con una mujer, se la hacen ellos mismos. Y

no me digas boba, que yo sí sé lo que es una paja.

— A ver, ¿Qué es?

— Que el muchacho se mete en el baño, se saca eso, y cuando está parada, se la agarra con la mano y empieza a moverla para arriba y para abajo, hasta que siente una cosquilla muy fuerte.

— ¿Y qué pasa después de la cosquilla?

—Pues, que se le quitan las ganas por un rato, o por un tiempo, qué se yo.

— Pues eso se lo hice yo a mi novio.

— ¿Y qué pasó? Sigue ahora hasta el final.

— Qué mientras se la estaba haciendo, quería hacerme más cosas.

— ¿Y? ¿Dejaste que te las hiciera?

— Nada muchacha. En eso sentí que iban a abrir la puerta y tuvimos que parar. Era mi hermano que llegaba del trabajo. Enseguida disimulamos y él se puso un libro sobre las piernas, para que no se le notara.

— Verónica. ¿Tú te has acostado con tu novio?

— No. Nunca. Pero estoy loca por templar —que es como los cubanos llaman a la relación sexual—. El chochito me hace así —dijo abriendo y cerrando los dedos—. Pero no puedo niña. Eso es un lío.

— Ten cuidado que te puede hacer una barriga.

— Bueno, si se pone preservativo no.

— Pero, después que te parta el bollo —que es la forma popular que tienen allí, para referirse a la vagina—, ningún hombre se va a querer casar contigo. No seas monga, que te enreda y cuando vengas a ver te tienes que quedar soltera y con eso roto. Yo sabré menos que tú, pero puedes apostar lo que quieras, que él que quiera cogérmelo, tendrá que casarse conmigo primero.

— Ay mi amiga, si te contara lo preocupada que estoy por eso. Y no escupas para arriba, que las que más dicen que no, son las primeras en abrir las patas.

— A ver, ¿qué te preocupa? —le dijo Anita acariciándole el pelo.

— Yo nunca me he acostado con mi novio, te lo juro por mi madre, pero hace unos días nos pusimos a jugar, con ropa, claro. A él le encanta hacerme cosquillas "ahí".

— ¿Ahí?

—En el chochito, que pareces tonta. No va a ser en las axilas.

—Ya, ya te he entendido.

— Anita, se ve que hace solo dos semanas que tienes tu primer novio. Eso es que a mí me gusta que él me haga cosquillas con el dedo en la papaya —fruta asociada con los genitales femeninos en Cuba—. ¿Está más claro si te hablo así? ¿Entendiste ahora? Cuando lleva rato haciéndomela, me viene una sensación muy rica ahí abajo. Son como contracciones, pero me encantan. Se llama orgasmo. ¡Ay mi madre, soy una pervertida! Ninguna chica decente habla de esas cosas. Si se entera tu madre, no te deja hablar más conmigo.

— Nosotras tenemos confianza Vero.

—Sí, pero vas a pensar que soy una puta.

—Tú sabes que no. Y aunque lo fueras, te querría igual. A ver, ¿qué te preocupa?

— Que el día que acabé haciéndole la paja, antes él me había frotado ahí con los dedos y yo tenía muchos deseos. Estaba sentado, echado hacia delante, con aquello parado y yo me subí el vestido, me eché el blúmer —que así se llama en Cuba a las bragas— para un lado, y me empecé a hacer cosquillas con su rabo en la rajita, me lo pasaba de arriba a abajo como una brocha. Yo estaba de pie. Y se excitó tanto que se echó hacia arriba, de pronto, y sentí que me chocó y me dolió.

— Pero ¿te revisaste? ¿tenías sangre? —preguntó Ana ansiosa.

— Enseguida me quité. Menos mal que no dejé que me agarrara por la cintura, porque me hubiera empujado hacia abajo y ahí sí que me hubiera clavado, hasta atrás. Fui al baño y me miré y no había sangre, pero tengo miedo, porque a veces cuando te parten, no echas sangre.

— ¿Y aun así volviste a seguir excitándolo?

— Ay chica, me daba lástima dejarlo así. Además, había que aprovechar, que mi mamá nunca nos deja solos y aquel día fue a buscar pollo a la carnicería. Claro, cuando regresé adonde él estaba, mantuve las piernas

bien cerradas. Total, como te decía, por culpa de mi hermano que aquel día regresó más temprano, no se la pude terminar.

— ¿Terminar? —dijo Anita queriendo saber más.

— Anita, si no sabes lo que es terminarle una paja a un hombre, eso te lo explico otro día —dijo un tanto incómoda, ante la excesiva ingenuidad de su amiga—. Además, puedes hacerle una a tu novio y así te enteras como termina. Ahora pon atención a lo que te estoy diciendo. ¿Te imaginas que me haya partido el bollo y el día de mañana nadie se quiera casar conmigo?

—Yo oí un cuento de una muchacha que se casó, no hace tanto, y cuando estaban en el hotel, el chico vio que no era señorita y se la devolvió a sus padres.

—Yo me muero si me pasa eso —le dijo Verónica, medio enfadada.

— ¿Por qué no vamos para que Flavia te revise?

— ¿Flavia, la de 12 grado?

—Sí, dicen las muchachitas que la hermana de ella es ginecóloga y la enseñó cómo saber si una muchacha es señorita o no. Algunas de aquí ya han ido a revisarse con ella. Y dicen que no falla.

— ¿Tú hablas con ella?

— Claro. Después de clases te digo.

En eso sonó el timbre y ambas chicas se despidieron. Cada cual se dirigió a su aula.

Al terminar la sesión de clases de aquel día, Ana y Verónica entraron a la cátedra de Química con Flavia.

—Rápido, que no nos vean. Déjame cerrar con llave. La profesora me la presta, porque vengo mucho aquí a teclear trabajos en su máquina de escribir. A ver Verónica, quítate el blúmer y acuéstate encima de esta mesa.

— Tú no mires —le dijo a Ana sonriendo, mientras se subía para que la examinaran.

—Abre las piernas lo más que puedas —le dijo Flavia—. Acercó una lámpara de pie y alumbró la vagina de la chica. Separó con sus dedos los labios, dejando expuesta la entrada—. ¿Me dices que nunca te has

acostado con un hombre?

— No, nunca. Solo lo que te conté. Por tu vida, dime que no lo tengo roto.

—A ver …abrió un poco más … se separó y le dijo que ya podía bajarse, mientras se acercaba al fregadero del pequeño laboratorio de la cátedra, para lavarse las manos.

—Pero dime, que me vas a matar del corazón, ¿me partió o no?

—No. No te preocupes que tienes el himen intacto.

—¿Y por qué me dolió cuando me presionó?

—Por eso mismo Verónica. Porque su miembro, que por supuesto, estaba parado, chocó con la barrera que tienen las chicas vírgenes en la vagina, que es el himen, y le impidió que te penetrara. Pero no te confíes, que, si hubiera empujado un poco más fuerte, te la hubiera roto.

— ¿Y siempre se echa sangre? —preguntó Ana.

—No, no siempre. Si tienes el himen elástico, no te va a sangrar.

—Y ¿Cómo sé si tengo himen elástico?

— A veces es difícil saberlo, porque muchas chicas se introducen el dedo, y hasta se ponen tampones y no pasa nada. Entonces un día, cuando tienen relaciones por primera vez, el pene que es mucho más grueso les rompe el himen y sangran. Y hay otras que ni con el pene sangran. Y hay casos en que el dedo o el tampón se lo parten. A veces hasta montando caballo o bicicleta se puede romper. Eso varía mucho.

— Oye, ¿y tú cómo sabes tanto? — dijo Verónica, terminando de componerse el uniforme.

—Voy a estudiar Medicina. Además, mi hermana que es especialista en Ginecología y Obstetricia me ha enseñado mucho.

—Bueno, muchas gracias —le dijo Verónica.

—Por nada. Por favor, cierren la puerta al salir, que tengo que hacer un trabajo.

Y las dos se marcharon contentas.

Capítulo 4

La divorciada

En aquellos años, la única esperanza de sexo que tenía un joven era hacerse novio de una divorciada. Aquí en España ni eso existía, hasta 1982. Por razones obvias, eran chicas que no solamente ya lo habían hecho, sino que lo habían hecho muchas veces. Además, el riesgo de que quedaran embarazadas era mínimo, ya que la mayoría usaban métodos anticonceptivos, sobre todo dispositivos intrauterinos como el anillo o la T de cobre. Así las cosas, no había ni que ponerse preservativos, excepto para prevenir enfermedades venéreas como la sífilis o la gonorrea. El temible SIDA, todavía no había aparecido.

Días después, Ana pasó por casa de Tony a saludar a su mamá. Siempre era una visita breve, porque a su madre no le gustaba que ella fuera a ver a su novio sola. No solamente por el peligro que había de que se fueran a acostar, sino también por las malas lenguas. ¿Qué dirían de una muchacha en casa de su novio?

Por eso las visitas eran breves, y siempre con su futura suegra presente. Cuando Ana estaba en el portal, a punto de irse, pasó una muchacha por la acera y le dijo adiós a Tony. Era trigueña, pelo corto, y llevaba una saya bastante corta. Representaba unos 23 años. Caminaba con una gracia peculiar, quizás era natural, o tal vez lo hacía con toda intención, pero movía la cintura de forma tal, que todos los transeúntes masculinos giraban el cuello cuando pasaba. Y le gritaban cosas como “Cosa rica”, “Sabrosona”, “Si cocinas como caminas, me como hasta la raspita”. Y así siguen siendo los cubanos. Chica bonita que pasa —que allí lo de guapa significa otra cosa— se lleva su buen piropo.

Como es lógico, a Anita no le hizo ninguna gracia la presencia de aquella muchacha cerca de su novio.

—¿Y esa quién es? —preguntó enervada.

—Esa es Ileana. Una muchacha que se mudó hace menos de una semana. Se divorció hace poco y se mudó para aquella casita —dijo Tony señalando a su izquierda.

—¿Y por qué sabe tu nombre?

— No, a ver —titubeó él—, es que dos vecinos y yo la ayudamos a bajar la mudanza del camión. La pobre, no tenía quien la ayudara. Después nos hizo una limonada bien fría a todos.

— Fíjate bien Antonio González, aléjate de esa muchacha. Si me entero que te acercas a ella … —dijo contrayendo la cara en un gesto de rabia—, si me entero, olvídate de mí.

—Mi amor —dijo Tony pasando un dedo por su mejilla—, solo te quiero a ti, solo me gustas tú.

—Estás advertido. —, y separó bruscamente el dedo de su cara, para marcharse enojadísima.

Tony entró a su casa muy contento. Aquella muchacha, en la cual él ni se había fijado más allá de lo justo, solo con haberse mudado a su calle, iba a hacer que su querida Anita decidiera acostarse con él, aun antes de lo planeado.

Cuando Ana entró a la escuela, al día siguiente, todavía le duraba el enfado. Enseguida buscó a su amiga Verónica y se lo soltó.

—¿Qué? ¿Qué hay una muchacha joven y bonita, divorciada, viviendo en su cuadra?

—Exactamente.

—Pues date por cornuda mi amiga.

—Coño Vero, gracias por el consuelo —y puso la mochila encima del banco.

—Perdóname mi amiga, tú sabes que soy así, jodedora. Mira, tu novio tiene 20 años. ¿Les has preguntado si ya se ha acostado con una mujer?

—No, yo no. Mi madre dice que nada de hablar de esas cosas con los novios, que se alborotan.

—Pues si ya lo ha hecho, lo estará echando de menos, y si no lo ha hecho estará loco por hacerlo. Y se tiempla a la divorciada encantado de la vida, si se le pone a tiro. Te lo digo yo.

—Ya, ya sé que lo voy a perder. Al final todos quieren lo mismo —exclamó liberando aire de sus pulmones—. ¡Qué fijación la de los hombres con templar, coño!

—¿O no? Mira, relaja un poco la relación. No te acuestes con él, pero deja que te haga cositas. Enséñale las tetas, dejas que te las toquetee un poquito, déjalo meter la mano dentro del blúmer para tocarte el culo.

— ¿Estás loca? Cuando haga esas cosas, se va a calentar y va a querer

estar conmigo.

—Sí, y ahí es donde tú le dices que no se lo puedes dar, pero le ofreces hacerle una paja, para que el muchacho se alivie, como hago yo.

—Eso me da mucha vergüenza —dijo bajando la cabeza.

—Cuando lo hayas hecho una vez, ya después no te dará tanta vergüenza. Eso es algo normal. El nombre es más feo que el acto, en sí mismo, pero a todos les encanta que se la hagamos.

— Estás hecha una filósofa. ¿Y eso de la paja se demora mucho?

—Depende de lo excitado que esté. La mayoría de las veces no se demora mucho más de uno o dos minutos.

—¿Y cómo sé cuándo él ha terminado?

—¿De verdad que no lo sabes? —preguntó Vero abriendo desmesuradamente los ojos y los brazos.

—Si nunca he hecho ninguna, ¿cómo lo voy a saber? Con mi madre jamás he hablado de esas cosas y en la secundaria, las amiguitas que yo tenía, sabían menos que yo. Yo creo que yo era la más adelantada en cuestiones de sexo.

—Eran monjas, ¿verdad? Monjas de clausura tenían que ser.

— Qué monjas ni monjas, eran muchachitas normales.

—Es verdad, soy la pervertida de la escuela. Aunque aquí hay dos o tres que ya les hicieron el hueco, y yo todavía lo tengo intacto. Soy la virgen pervertida —las dos se echaron a reír—. Bueno, lo mejor es que averigües por ti misma cómo acaban los chicos y después me cuentas.

El timbre sonó y cada una cogió rumbo a su aula. Entonces Vero echó una carrerita y se acercó a su amiga, para decirle al oído:

—Si cuando estés terminando de hacérsela, te pide que le des un besito ahí, no le vayas a decir que no, ni vayas a quitar la cara —y se marchó riendo maliciosamente.

—Bueno, vamos a ver. Después te cuento —le dijo Anita resignada. Y entraron a clases.

Capítulo 5

Conversaciones de chicos.

Tony estaba con dos de sus amigos, sentado a la mesa de un bar tomándose una cerveza, al salir de la fábrica donde trabajaba.

— Tony tiene novia nueva hace poco —dijo uno de ellos.

— ¿Bonita?

—Muy bonita, y jovencita. Tiene 15 años.

— ¿Y cuándo le vas a partir el chochito chico? ¿O ya le volaste el cartucho?

—No le he volado nada. Es una muchachita decente, de su casa —dijo Tony.

—Coño, eso no importa. Ya yo se lo rompí a la mía y tengo un año menos que tú.

—Y yo a una novia que tuve, que después se fue a vivir a Miami —dijo el más alto de los amigos—. Por lo visto, el único aquí que no ha partido nada es Tony —. Todos rieron.

—Que estoy en eso chicos. No es tan fácil. Tengo que convencerla, porque no quiere ceder.

—Pues a mí no me fue tan difícil —dijo el otro—. Lo que tienes que hacer es buscar un lugar apropiado. Te pones a intimar con ella. Besitos, abrazos, frases bonitas al oído y cuando se dé cuenta, ya se la estás metiendo.

— ¿Y cómo le quito la ropa? No se va a dejar.

—A la mía se lo hice con ropa y todo. Estábamos acostados en la hierba. Le metí las manos por debajo del vestido y entre caricia y caricia, le quité el blúmer. Creo que no se enteró o no quiso darse por enterada—. Lo demás fue pan comido.

—Cuenta coño —le pidió Tony.

—Súper sencillo. Y te digo que con ropa casi que es mejor la primera vez, porque con la tela del vestido que tapa un poco todo, te la sacas y ella ni se entera. Muchas, cuando ven el rabo parado, cogen miedo y se van. Bueno, entre una cosa y otra, cuando vino a darse cuenta, ya yo le

tenía el cañón puesto en la entrada de la rajita.

—¿Y le metiste mano, sin revisarla, a ver si era señorita?

—Coño flaco, ¿qué querías que hiciera? Que le dijera — "señorita, ¿sería tan amable de abrir bien sus piernas, para estar seguro de que su himen está intacto?" — volvieron a reír—. Tenía que arriesgarme. Si lo tenía roto, por lo menos la disfrutaba.

—¿Y qué hizo ella cuando sintió que le ibas a meter la pinga? — que así se llama al pene en Cuba—, siguió insistiendo Tony.

—Bueno, ahí es cuando tuve que actuar rápido. La tenía entretenida con besitos en el cuello y caricias y que si yo te quiero, que si eres mi vida. Tocándole cada parte de su cuerpo. Se la acomodé discretamente. Luego, cuando sintió que le estaba presionado ahí, me dijo que le dolía.

—¿Y qué hiciste?

—Coño, seguí presionando. Ella gritaba y yo presionaba. Cuando llegas a ese punto, no puedes parar, porque se arrepiente. Y no la vas a violar, desde luego. Si ella insiste en que no, pues tendrás que quitarte. Y si eso pasa, se jodió la cosa. A hacerse una paja al matorral, porque ella no va a querer ni mirarte.

—¿Y entró bien? —preguntó Tony, que estaba tratando de captar todos los detalles.

—Bueno, con trabajo, pero se la metí hasta atrás.

—¿Y el preservativo?

—No me digas nada, que no llevaba, pero cuando me iba a venir, se la saqué y eché la leche en la hierba. Después cogí el pañuelo y le limpié un poquito de sangre que tenía en la parte de adentro de los muslos y también en ese pedacito de piel que une el culo con el bollito. Se llama Pirineo, creo.

—Perineo o periné. Los Pirineos son unas montañas de Europa—le aclaró Tony, muerto de la risa.

—Bueno, eso mismo. Cuando se la estaba metiendo, me asusté, porque yo la tengo bastante gorda y pensé que le iba a romper el "perineo", pero no, aquello entró recto por el bollito. Se lo partí por el mismo centro. Y como les decía, después se lo limpié.

Ahí es donde los novios hijos de puta, si se quieren casar pronto, y no les importa romper los planes de la muchachita, se la echan adentro, para

preñarla. Pero yo no soy así.

—¿Y cuándo vio que la habías partido? ¿Qué te dijo?

— ¿Cuando acabé? A esa hora me echó la bronca. Lloraba y me decía horrores. Se puso histérica. Lloró muchísimo. Yo la abracé y la tranquilicé, diciéndole que me iba a casar con ella, y esas cosas. Tony, si la cosa te sale bien con Anita, cuando hayas terminado, la mantienes abrazada un rato. Y muchas frases románticas, que no se te olvide. Eso les compensa lo que han perdido.

Aquél día cuando acabamos, lo primero que me dijo fue que no volvía a hacerlo más nunca en su vida.

—Eso dicen todas cuando lo hacen la primera vez.

— ¿Y lo han vuelto a hacer, o cumplió su palabra?

—Claro. Templamos casi todas las semanas, cuando los padres no están en la casa. Eso sí, siempre con preservativo, que, si la preño, me tengo que casar enseguida.

Los tres chicos pagaron las cervezas quehabían pedido y se marcharon del bar.

Capítulo 6

La visita

Aquel mismo día, la profesora que impartía los dos últimos turnos de clases de la mañana, no pudo ir. Anita aprovechó que había salido casi dos horas antes, y sobre todo que su madre no lo sabía. Fue a un teléfono público y llamó a su novio. Milagrosamente la mamá de él no estaba. Ana le dijo que tenía que hablar con él. Y fue a verlo.

Tony vio en aquella visita sorpresa la oportunidad que estaba esperando. Calculó los 15 minutos que le tomarían a su novia llegar hasta su casa y fue corriendo al bar de la esquina y compró una cajita de preservativos. Los colocó en la gaveta de la mesita de noche junto a su cama. Y esperó que Ana tocara la puerta. Eran casi las 11:00 dela mañana.

Al entrar, se sentaron en la sala.

—Perdóname —le dijo ella—. Es que me dio un ataque de celos, cuando vi a aquella chica, que además me dijiste que es divorciada.

Tony la abrazó. Fue un abrazo largo, tierno y apasionado.

—Yo te quiero y … —Ana hizo una pausa.

—¿Qué ibas a decir? —dijo él con su voz grave.

—Que, yo te voy a dejar que me hagas algunas cositas. He sido muy dura contigo, y no he tenido en cuenta tus necesidades de hombre.

—¿Cómo cuáles? —dijo él chico apretándola contra su pecho.

—No sé. Tú me haces y yo te digo cuando parar.

—Vamos a mi cuarto un ratico. Mi madre no regresa hasta por la tarde.

—No sé Tony —dijo Anita con voz añoñada—, en el cuarto me da miedo.

—Bueno, si no confías en mí, entonces lo dejamos.

Era ese el momento y él lo sabía. Tenía que aprovecharlo. No tendría una ocasión mejor en mucho tiempo. Era ahora o nunca.

—¿De verdad que serías capaz de dejarme? —dijo casi llorando.

—Claro que no. Ven, vamos adentro que no te va a pasar nada.

Anita presentía que si entraba a aquel cuarto, cuando saliera, ya no sería señorita. La palabra virgen no es usual en Cuba. Cuando una muchacha nunca ha tenido sexo se le llama señorita. Cuando lo tiene, independientemente que esté casada o soltera, y también sin importar la edad que tenga, se dice que es señora. Recordó oír a su madre hacer cuentos de señoritas que cuando las empezaban acariciar y a besar, "perdían la cabeza" y cuando recobraban el sentido, ya las habían partido. Pero esos eran cuentos de señoras mayores. Ella estaría atenta.

Vaciló un instante y decidió correr el riesgo. La sala tenía ventanas, y si le hacía "alguna cosita" a su novio, como le había prometido antes, alguien podría verlos. En el cuarto tendría más privacidad. ¿Qué podría pedir él más allá de una paja? —esa palabra vulgar y fea que Verónica le había enseñado—. Eso ya era bastante, y estaba dispuesta a hacérsela, aunque nunca había hecho ninguna. Ya él la enseñaría. Pero su novio tenía otros planes.

—En una hora me tengo que ir. No pudo demorarme —le dijo, mirando hacia la puerta. Mi mamá cree que estoy en la escuela.

Él le sonrió, le tomó su brazo y le fue tirando suavemente hasta lograr que entrara al cuarto. Entonces cerró la puerta.

Tony le dio un larguísimo beso en la boca y le quitó la blusa del uniforme. Después le zafó el ajustador. Ella estaba de pie y él se sentó a contemplar aquellas tetas de adolescente, que harían parar el tráfico de toda La Habana.

Se paró y comenzó a acariciarlas, primero con la mano, después con la lengua. Los pezones pequeños y duros, la areola de color rosa claro, formaba un círculo perfectamente definido. Primero la acarició suavemente, después las apretaba más fuerte. Los pellizcó suavemente. Ella hizo un gesto de dolor, pero no dijo nada.

Luego metió su mano por detrás de la saya y empezó a tocarle las nalgas. Ella se dejaba hacer, mientras lo besaba, aunque en su mente estaba calculando el momento de mandarlo a parar —"Déjame dejarlo que disfrute un poquito más"—, se dijo a sí misma.

Con mucho tacto, fue bajando poco a poco el zíper de la saya, que no tardó en caer al suelo. Ella levantó los pies y la echó a un lado. Tony se quitó la camisa.

Ahora la tenía frente a él. Casi desnuda, pero era solo casi. Él quería tenerla completamente desnuda. La cama estaba detrás de ella. La

empujó despacio, hasta que quedó acostada, debajo de su cuerpo.

Dejó caer las chancletas detrás de él. Solo le quedaba su pantalón. Entonces, muy, pero muy despacio Tony cogió el blúmer por ambos lados, para bajárselo. Ella lo agarró por el elástico.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó nerviosa.

—Solo quiero verlo y si me permites, darle un beso.

—Tony, me da mucho miedo y vergüenza también —le dijo nerviosa.

El chico recordaba las conversaciones de sexo que había tenido con los amigos. —"Te va a decir que tiene miedo, que le da mucha vergüenza, pero tú sigue. Cuando le hayas quitado el blúmer, es tuya" —.

Finalmente, Anita soltó las manos de la parte delantera del blúmer y él se lo bajó. Ella se tapó los ojos y flexionó las piernas. Se las abrió y bajó su cabeza al nivel de su ingle, frente a aquellos vellos negros como un azabache. Lo primero que hizo fue abrirle los labios, para comprobar que en verdad era señorita.

En efecto, a pesar de que no había mucha luz, pudo ver que la entrada estaba cerrada. El delicioso olor que emanaba de su parte más íntima lo excitó en extremo. En un principio olía a flores de lavanda, probablemente por el jabón con qué se había aseado en la mañana, pero cuando separó los labios, color rosa y muy pequeños, que se parecían a una florecilla abierta, aspiró profundamente y el olor era dulce, se asemejaba en algo al mango. No pudo evitar pasarle la lengua. Sintió un sabor discretamente salado. Al instante se percató de que aquella sensación le había gustado, pero no quería demorarse. En otras circunstancias, se habría tardado hasta volverla loca, pero ¿y si se arrepentía? Tenía que avanzar. Rápidamente se quitó el pantalón y el calzoncillo juntos. Ella se cubrió la cara con las manos. Tenía los ojos cerrados. Tony se colocó entre sus piernas, y acomodó su miembro. Erecto como un hierro, a la entrada del chochito de labios rosados y vellos negrísimos.

Al sentir la presión, se quitó las manos de la cara y fue entonces que se dio cuenta que tenía al chico a punto de penetrarla. Era muy inocente.

—¡Para Tony, por favor, para! —le dijo con voz temblorosa.

—¿Me vas a dejar así? Mira que no puedo más —dijo sin separar la punta de su miembro, de la rajita, aunque ya no le estaba haciendo presión.

—Pero no ves que soy señorita. Si sigues, me lo vas a partir. Después

nadie se querrá casar conmigo.

No podía dejar pasar aquel instante. Tenía que trabajarla psicológicamente. Si se quitaba, ya no se la templaría aquella mañana, quizás nunca.

—Yo me voy a casar contigo, mi amor, mi princesa. ¿No ves que estoy perdidamente enamorado de ti? —le dijo al oído, sin cambiar la posición.

—Mentiroso. No te vas a casar nada. Te buscarás a otra que sea señorita.

—Claro que no mi amor. Te lo juro. Eres para mí la única mujer en el mundo —le susurró tiernamente.

Anita estaba dudando. Tenía que seguir, o perdería la oportunidad. Comenzó otra vez a besarla en la boca, mientras con la mano, movía el miembro de arriba abajo, por la rajita.

—No puedo, porque no tienes ni siquiera un preservativo —dijo intentando cerrar un poco las piernas, pero no podía, porque él estaba dentro de ellas.

Estiró la mano y sacó la cajita.

—Me voy a poner uno, pero no me mires —le dijo, fingiendo que le daba vergüenza, aunque en realidad, lo que no quería era que la chica viera el tamaño y se arrepintiera. No era un pene gigante, ni nada de eso, pero sin dudas le iba a doler.

—Pero solo la puntica —dijo Anita cediendo— y me la sacas enseguida.

—Claro mi amor —le dijo, intentando infundirle confianza.

Ya con el condón puesto, ella abrió más las piernas. Estaba muerta de miedo. Volvió a cubrirse la cara.

—Solo la punta. Cuando yo te diga que pares, paras.

Entonces recordó a sus amigos. —"Cuando te dice la puntita, ya es tuya".

Cuando Ana sintió la primera embestida, hizo una mueca de dolor.

—Me está doliendo. No presiones tanto, que me la vas a meter.

Tony sabía que tenía que ser certero. Si se demoraba, si la penetración se ponía difícil, ella se arrepentiría. De momento, su novia creía que era solo

la puntica, pero en sus planes estaba metérsela hasta atrás.

Mientras Tony la reacomodaba, Ana recordó lo que le había ocurrido a su amiga Verónica, que por poco le parten el chocho jugando de aquella manera. ¿Y si la puntica lo rompía? Claro que lo rompería. Estaba decidida a parar aquello. Ya Tony había disfrutado bastante. Y en aquel momento, un segundo antes de pedirle que se quitara de encima de ella y se vistiera, se dio cuenta de que le había pasado sus brazos por debajo de las piernas flexionadas, impidiéndole cerrarlas. En un segundo, quizás en menos, antes de que ella pudiera pronunciar una palabra, empujó.

—Entonces vino el primer grito. ¡Me duele coño!

Tony, temiendo que los vecinos la oyeran, le puso la mano sobre la boca, disminuyendo así todos los gritos que vinieron después. Debido a la posición en que él la había colocado, ella no podía moverse. Siguió presionando.

La cabeza del miembro, redondeada y con el prepucio echado hacia atrás, intentaba forzar la entrada y destruir la membrana que le impedía el paso. El pene intentaba a ciegas encontrar el orificio por donde otros días salía la regla, pero era tan pequeñito que no podía ensartarlo. Tony siguió presionando. Los ojos de Ana estaban contraídos en una mueca de dolor.

—Ay Tony me estás matando ….

Al fin la resistencia fue vencida y rompió la “telita”, que había resultado más resistente de lo esperado. Su miembro ahora entraba a un lugar caliente y húmedo, aunque muy estrecho.

—Me muero coño … siento que me estás abriendo el chocho con un cuchillo … me está ardiendo … —y siguió chillando—. Pero él seguía avanzando hacia adentro. Había logrado penetrarla.

—Ay Tony, me muero … eso duele mucho …suavecito …porfa … ¡Ay eso duele! Me arde … coño …me estás partiendo el boyo…me lo vas a reventar.

Pero ya se lo había partido. Llegó a introducirla tan profundamente, que las ingles de ambos se unieron y los vellos púbicos se mezclaron uno con el otro.

—¡Sácamela! —dijo mirándole a los ojos—. De verdad que ya no puedo más —y le clavó las uñas en la espalda.

El chico obedeció. Ella se echó hacia atrás, apartándose de él y se miró sus partes. Vio las manchitas de sangre sobre los muslos y la sábana. Ya no era señorita. Ahora solo le quedaba que él no la dejara. No le gustó

como había sido todo, pero no era la primera, ni tampoco la última chica que se acostaba con su novio.

Él la limpió cuidadosamente con una servilleta que tenía a su lado.

—Al final me lo partiste —le dijo haciendo una mueca, sabiendo que ella lo había permitido.

Él se acostó a su lado, la abrazó y le dio un beso en la cara. Entonces ella se percató de que la erección no había bajado nada.

—¿Por qué la tienes así todavía? —dijo con la inocencia que la caracterizaba.

—¿Por qué no pude terminar?

Anita nunca había entendido bien lo que significaba terminar. Se sentó al lado de él, pero de frente, le quitó el preservativo y le dijo:

—Yo te la voy a hacer, pero me tienes que enseñar.

El chico hizo que rodeara la parte superior de su miembro con la mano y que empezara a subir y bajar "el pellejito" como ella le decía. Poco a poco, mejoró el ritmo.

—Ahora métetela en la boquita, porfa, pero no pares —le dijo con cara de gatito hambriento.

Ana, todavía vacilante, primero le acercó los labios, después los abrió lentamente y la metió dentro de la boca. Seguía con los movimientos. Casi al momento oyó que el chico se empezó a quejar. Sin sacarla, llevó sus ojos hacia arriba, para mirarlo. Tal vez no lo estaba haciendo bien —pensó—, pero justo en ese momento sintió que un líquido espeso y salado le llenaba la boca. Su primer instinto fue sacarla, pero no lo hizo. Cuando el chico acabó, ella cogió la servilleta y escupió toda la leche. Él volvió a abrazarla.

—Eso pegajoso era tu leche, ¿verdad?

—Sí, es semen Anita —le dijo al oído. Lo que nos sale a los hombres cuando nos venimos.

Entonces se acordó de Verónica. La iba a oír cuando la viera otra vez.

— ¿Qué sentiste? —le dijo, acurrucándola en su pecho.

—Sentí dolor.

—¿Solo dolor? —insistió él.

Y ella movió negativamente la cabeza.

Lo había logrado. Ahora solo habría que cuidarla, para no embarazarla. Ya tenía una chica limpia y bonita para templar. Lo del casamiento ... bueno ... , eso se vería más adelante. Tal vez dentro de unos años. Cuando una chica tiene 15, lo que sobra es tiempo. Los dos se vistieron, y él la acompañó hasta que solo faltaban dos calles para llegar a su casa. Más cerca no podría llegar. Capaz que su mamá pensara que él la había desflorado.

Fin